



ENTREVISTA CON RYSZARD KAPUSCINSKI

Cuando las guerras alcanzaron Occidente

Hace dos años, cuando los conflictos armados se libraban en los Balcanes, Angola o Medio Oriente, el periodista polaco Ryszard Kapuscinski, cuyos reportajes son considerados como una importante contribución al conocimiento de algunos de los problemas centrales del mundo, decía que "esto tendrá que desbordarse, porque aun en el caso de que Occidente no se dejara involucrar en las guerras locales de los pobres, éstas de todos modos nos habrán de alcanzar". Sin embargo, el 11 de septiembre Kapuscinski también fue sorprendido.

por Arthur Domoslawski y Aleksander Kaczorowski*

La sorpresa del incansable corresponsal se debió, sobre todo, a dos razones. Por la forma, las dimensiones del ataque y la escala del drama que se suscitó. Sin embargo, dice, "las señales del creciente conflicto y el mal ambiente en torno de Estados Unidos ya se percibían desde tiempo atrás, aun cuando los medios no le concedían a este hecho mayor resonancia".

Kapuscinski recuerda que en el verano, Estados Unidos quedó excluido de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas. "Luego, observamos toda una serie de manifestaciones globalifóbicas, que

tenían un claro acento antinorteamericano. La conferencia en Durbán sobre el tema del racismo, que antecedió directamente a los atentados en la Unión Americana, había transcurrido en un clima marcadamente antiestadunidense. Me temo que lo que pasó haya sido erróneamente interpretado. Cuando escucho exclusivamente las definiciones al estilo de 'fanáticos', 'terroristas', o bien, las reflexiones acerca de a quién habrá que bombardear ahora, empiezo a preocuparme por nuestro mundo. Pienso que lo más importante en este momento es determinar y entender el contexto de este acontecimiento".

—La historia aún no ha terminado. ¿Cuál es ese contexto?

—Se ha comprendido erróneamente el fin de la Guerra Fría. Se le ha considerado como un fin de conflictos y guerras, en general. Una manifestación sobresaliente de esta manera de pensar fue el ensayo publicado en 1989 por Francis Fukuyama, *El fin de la historia*. El razonamiento de Fukuyama fue el siguiente: la historia terminó dado que cayó el comunismo, y para la democracia liberal ya no existe otra alternativa en cuanto al sistema. El sistema de la democracia liberal donde mejor funciona

es en Estados Unidos. Por consiguiente, será automáticamente aceptado por todos, por tratarse del más racional sistema.

Gracias a ello nos olvidamos de que nosotros, los hombres de Occidente, constituimos tan sólo una pequeña parte de la humanidad en nuestro planeta, y que a nuestra diversión y entretenimiento les acompaña una cada vez más profunda división del mundo: 20 por ciento de beneficiados y 80 por ciento de marginados. Aquí de lo que se trata no es tan sólo de una pobreza real o del hambre, sino del sentido de ser marginado, de un resentimiento interno, la amargura y la frustración de la gente que ve que en la carrera por los cada vez más perfeccionados productos de consumo, para ellos no hay cabida.

¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

—¿Parece ser que lo que se consideraba como el triunfo de la democracia, del libre mercado, de los valores norteamericanos sobre la desmoronada Unión Soviética no fue en realidad un 'fin de la historia', sino el inicio de una nueva historia, que no hemos logrado percibir?

—Sí, porque a la Guerra Fría se le consideraba un conflicto central, que tapaba todos los demás conflictos y problemas. Lo único que contaba era cuántas bombas tuvieron unos y cuántas otros, y qué influencias ejercía cada quien y dónde. Esa forma de pensar se ha transferido también a los tiempos actuales. Cabe, sin embargo, observar que a un lado del 'fin de la historia' de Fukuyama, en el pensamiento norteamericano apareció también otra concepción, que representa Samuel Huntington. Ésta se refiere a un choque entre las civilizaciones y resulta —según creo— más cercana a la realidad.

Por cierto, no fue el propio Huntington quien la inventó sino Arnold Toynbee, que vio la histo-

ría no como una historia de países y naciones sino de civilizaciones.

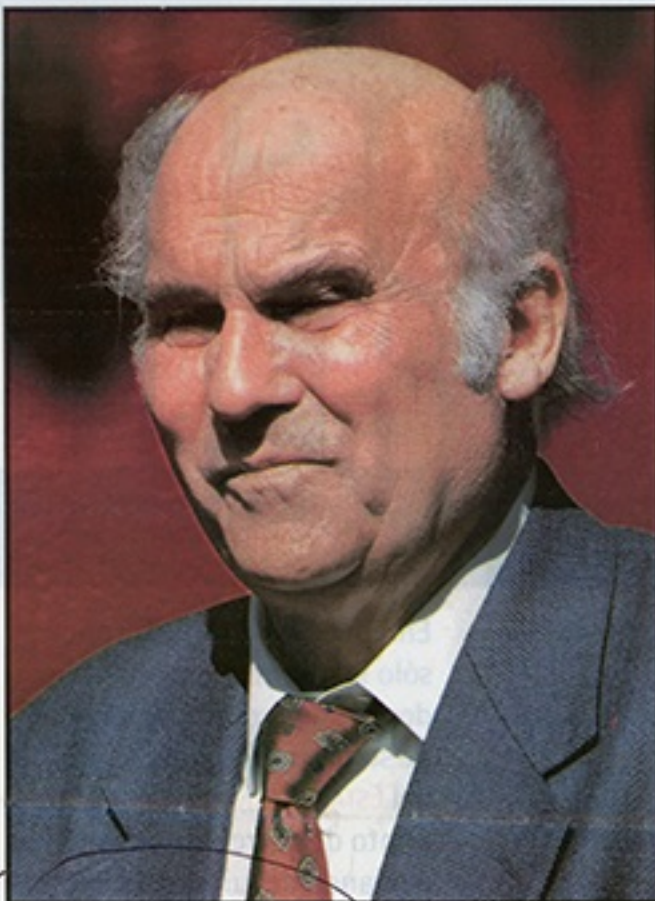
—¿Acaso se pueden explicar los atentados en Estados Unidos con la hipótesis del "choque de las dos civilizaciones"?

—Han concurrido varias cosas a la vez. Se podría decir que el mundo marginado trató de forzar la puerta. Pero, al mismo tiempo, yo no reduciría esos atentados a una sola dimensión. No sabemos aún interpretar esto en forma definitiva. Y pienso que el gran peligro radica en que los hechos del 11 de septiembre se interpreten equívocamente, considerándolos como un incidente, como la úlcera en un organismo sano que se debe extirpar para que todo siga marchando bien. Pero no sé si esto se logre. Para el drama del 11 de septiembre contribuyeron muchos elementos que se fueron encimando uno sobre otro, y que continúan subsistiendo.

—Remitiéndonos a Huntington, ¿un choque del mundo del islam con el de Occidente?

—Tampoco descarto este motivo, pero considero peligroso el hecho de encaminar nuestra imaginación sólo en esa dirección. Temo que en esa precisa dirección se encamine el pensar de los grandes medios, de las grandes compañías de publicidad, para reducir el problema a un simple choque del Occidente con el fanático islam. ¿Por qué? Porque la búsqueda de las causas más profundas requeriría emprender una autocrítica de toda la actual filosofía práctica de Occidente, y ésta a su vez obligaría a fijar una mirada un tanto distinta al funcionamiento de la economía, de los medios, a la actitud de Occidente respecto del Tercer Mundo.

—El problema que surgió después de los atentados es cómo identificar y llamar por su nombre al enemigo: "terrorismo mundial", "fundamentalismo islámico", "fanáticos irreflexivos"...



SIN LA GLOBALIZACIÓN DEL HAMPA, NO SE ENTIENDEN LOS ATENTADOS.

—En el siglo XX, el enemigo estaba definido. Lo era el fascismo, el comunismo, existían países concretos que llevaban una expansión en aras de estas ideologías. Más tarde, tuvimos la Guerra Fría y el enemigo también estaba plenamente identificado. Ahora estamos intelectualmente impotentes; a la fuerza tratamos de encontrar un enemigo, definirlo, de inmediato esbozamos algún retrato hablado para que haya a quién asestarle un golpe. Pero nos movemos a ciegas.

—Vivíamos en un mundo "unipolar", donde había una sola potencia mundial, la cual —al parecer— resolvería todos nuestros problemas.

—Era un sueño. Se habla de la globalización, de que las fronteras entre Estados se han diluido. Tales procesos efectivamente se registran, pero al mismo tiempo, por debajo de la superficie de este proceso, la gente conserva un fuerte apego a sus culturas, la identidad, las tradiciones. Durante más de 40 años, viajé recorriendo el mundo y lo que he observado tras el fin de la Guerra Fría es la persuasión de la gente en el Tercer Mundo de que son marginados, apartados de la mesa. Y al propio tiempo, crece en ellos el sentido de su propia dignidad.

—A propósito de África y Asia, ¿por qué los musulmanes,

sobre todo los que provienen del círculo de la cultura árabe, dan muestras de su propio orgullo de una manera tan "espectacular"?

—En primer lugar, aún seguimos sin conocer los detalles sobre los autores de los atentados del 11 de septiembre. Esto nos remite al contexto de la globalización, no sólo la del libre flujo de capital y la cultura masiva, sino también a la globalización del mundo del hampa, sin la cual los últimos atentados habrían sido imposibles. A dicha globalización no le acompaña ninguna jerarquización, ningún orden, ninguna autoridad mundial.

Veamos: hoy por el cielo vuelan impunemente los aviones con narcóticos, con armas; son transportados miles de millones de dólares y diamantes que se venden oficialmente en las casas de bolsa de Amsterdam, Nueva York, Londres, y que antes habían sido sustraídos por algún ejército privado en Sierra Leona o el Congo. Existen varios centenares de bancos en diferentes islas, donde se puede lavar cualquier cantidad de dinero, y todo el mundo lo sabe. Sin la existencia de esa zona de "legal ilegalidad", sin la convicción de que se puede funcionar fuera de todo control, sin todo eso, los atentados en Estados Unidos no habrían ocurrido. Sin la existencia de la global clandestinidad, anónima, que no tiene nacionalidad, raza ni creencia, algo así jamás hubiera sucedido. Ahora, la gente se dio cuenta de que todo es posible.

—¿En su opinión, cómo repercutiría esta crisis en la sociedad estadounidense?

—Ésta ha sido siempre una sociedad basada en una gran movilidad. Pienso que ahora que en todas partes se instalen garitas, retenes, controles, agentes de protección y seguridad, Estados Unidos podría cambiar hasta volverse irreconocible. ☉